

El arca de Pandora

Jamás olvidaré el día que conocí al profesor Ahasverus. Disolvió la sensación de extrañeza que me envolvía al llamar con mano firme a la puerta de mi despacho, en el transcurso de mi primera mañana de labores en el Instituto Neweklowsky. Pase. Hubo un silencio. Luego se abrió la puerta y entraron por delante un sombrero y un pie descalzo, seguidos por una gabardina blanca, cochambrosa. Del conjunto salió una voz: bienvenido, y una mano extendida que al estrechar palpé sudorosa. Indiqué una silla que no fue ocupada y la voz prosiguió: soy el profesor Ahasverus, decano del cuerpo docente; llevo aquí veintisiete años y estoy convencido de la inutilidad de la enseñanza. Me escrutó desde el fondo de sus pequeños ojos, en espera de una respuesta. Guardé silencio y él continuó: en otra época era posible enseñar porque había quienes querían aprender. Ahora nadie quiere saber nada. Los jóvenes sólo vienen al Instituto en busca de títulos inútiles, que normalmente obtienen mediante obvios y estúpidos fraudes escolares. ¿Y por qué sigue usted aquí? Porque toda mi vida está atrás y no tengo adonde ir. ¿Y todo ha sido inútil? En otros tiempos era distinto. Había jóvenes con ganas de vivir. Ahora, en cambio, simulan que viven, pues todo lo que saben hacer es fingir. Hace veintisiete años que imparto cursos en este Instituto. Al principio enseñaba a aprender, aunque ya había alumnos que se negaban, que estaban aquí como quien está en el limbo. Afirmaban que el aprendizaje es siempre doloroso y que preferían la felicidad del que no sabe. Como el idiota feliz, vaya. Hoy la inmensa mayoría rehúsa aprender y yo he llegado a la conclusión de que lo mejor no es enseñarles a aprender, sino a olvidar. La memoria tiene sentido cuando se aprende, pero ¿de qué sirve cuando casi todos prefieren la ignorancia acerca de todo, por miedo a la intranquilidad, por terror a perder el sueño? ¿Qué sentido tiene hablar de árboles y de vacas a los hijos del pavimento? Hace algunos años tuve un alumno que sabía podar el césped; ahora atraviesa diariamente la pequeña selva que rodea su casa. Enseñar a desaprender es mi divisa. Ésta es ante todo la divisa del profesor Hyppolite, quien se ufana de haber enseñado a desaprender, en doce años de cursos, a siete mil doscientos diecinueve alumnos. Y le aseguro que no siempre es una tarea fácil, ya que de vez en cuando aparece por ahí un despistado que quiere aprender, que le gustaría vivir, sin darse cuenta de que ya es tarde, de que no hay tiempo... Se interrumpió: ¿no lo aburro? Más bien me sorprende. ¿Por qué? Porque creí haber sido contratado para impartir cursos de biología. Y así es, confirmó Ahasverus, antes de establecer una distinción: pero ésa es enseñanza, no aprendizaje. Es verdad que los muchachos desean adquirir algunos conocimientos, pero no siempre, ni menos aún demasiados. Cosas fáciles, bagatelas, ya que a la menor exigencia intelectual se sienten agredidos. Por esto es común que hagan trampa cuando son examinados. Sólo les interesan los conocimientos útiles, rentables, adquiridos con vistas al prestigio, al enriquecimiento; en cambio, todo aquello que tenga algo que ver con la vida les provoca náusea. Pero cuidado: no hablo de biología, sino de vida. Prefieren un queso de plástico a un buen camembert, porque apesta. De acuerdo con sus gustos es superior la química étlica a un vino de calidad. Por morbo, se informan sobre la reproducción, pero su peor demonio sigue siendo la carne; no han dejado de ser puritanos. En fin, colega, le deseo suerte, oí y, acto seguido, salieron el sombrero y la gabardina, apoyados en un solo zapato, por razones que más tarde supe, pero no comprendí.

Una hora después entré en el aula. Me esperaban sesenta ruidosos primates de ambos sexos. Me dirigí al sitio reservado al profesor. Sobre el escritorio estaba sentada como papión una chica de enormes nalgas, que hablaba con un muchacho pecoso. Tomé asiento, pero la nalgona no se enteró de mi existencia hasta que el pecoso le indicó que se bajara del escritorio mientras me señalaba con la vista. Quise empezar la clase, pero no pude porque la algarabía no cesaba. La mayoría parecía tener entre veinte y veintidós años, pero en realidad su edad mental era en general comparable con la de papagayos adolescentes. Al fin una joven desgreñada reparó en mí, advirtió al resto acerca de mi presencia y poco a poco la barahúnda se desmigajó en cuchicheos. Les dije cuál sería nuestro programa. Así supieron que empezaríamos por el estudio de los protozoarios, y estaba yo dispuesto a entrar en materia cuando una chica (guapa) levantó la mano. La invité a hablar con un movimiento de cabeza y me preguntó sobre las pruebas y las notas. Le respondí que habría cuatro pruebas a lo largo del curso y que el resultado sería el promedio de las notas. Otra chica (fea) replicó que cuatro pruebas eran demasiadas, que la mayoría de los profesores sólo aplicaban dos. Repetí que habría cuatro pruebas y se produjo un rumor. Acallé el rumor al entrar en materia: los protozoarios son los animales más simples que se conocen y se piensa que están en el origen de la vida... Eso va contra la religión, me interrumpió una lagartija con gafas y voz aniñada. La religión no tiene nada que hacer en mi clase. Es un asunto personal, íntimo, que no se ventila en un curso de biología. Pero la Biblia dice que... empezó a declarar un muchacho pequeñito, casi enano, con la cara llena de granos. Lo atajé: ¿has leído la Biblia? Se desconcertó, farfulló incoherencias, dijo que sí y, y tras una pausa, confesó que no. Una de las principales características de los... quise proseguir, pero la chica guapa me preguntó qué opinaba acerca de la Biblia. Éste no es un curso de literatura, sino de biología... Varias manos se alzaron al unísono. Le di la palabra a un joven de mandíbula desafiante. La Biblia no es literatura, me informó. Respondí que lamentaba no estar de acuerdo con él, pero para mí, aunque no soy literato, la Biblia es ante todo poesía, es el mito hecho carne. Y si algún día la leen (intenté seducirlos) tal vez se dejen cautivar por el misterio, por la magia de la palabra. Un escuálido jovencuelo con cara de mormón replicó: la Biblia es la palabra de Dios. Por su aura es posible, respondí, pero no estamos aquí para hacer un análisis literario de la Biblia. Usted se sale del tema, profesor, me indicó el camino un joven guapo y elegante, sentado al lado de la chica guapa, que lo miraba con ingenuo orgullo. Luego añadió: su biología atenta contra nuestras creencias, porque somos católicos y lo que dice es contrario a la Biblia y a lo que afirman los padres de la Iglesia, a los que sí hemos leído, porque en nuestro Instituto se imparten dos cursos de patristica. Sin elevar el tono, con voz firme sentenció: ustedes no son católicos, sino ignorantes. Creen en el cielo por miedo, pero son tan creyentes como los ateos, su única preocupación es la vida en la tierra, a la que sólo saben mirar con los ojos de Midas. El profesor Ramuz es, además de zoólogo, teólogo. Pregúntenle qué piensa de las opiniones de ustedes y, en otra ocasión, fuera del aula, hablaremos del tema que tanto les preocupa. Y ahora: silencio, pues voy a dar mi clase. Y di mi clase. Al salir un murmullo reprobatorio cayó sobre mis espaldas.

Hacia la una de la tarde recibí nuevamente la visita de la gabardina con sombrero, asentada





sobre su único zapato. Otra vez ignoró mi silla. He oído decir que en su primera clase hubo jaleo, me informó. No precisamente, le respondí y atajé un intento de interrupción: este país vive a la hora del siglo XVIII, sin sus ventajas. Sus habitantes son ostrogodos, popolocas, zulúes, masagetas, garamantas que han hecho de la tierra una yerma heredad en donde no crece la simiente. El catecismo del padre Ripalda, las consejas de la abuela, y no la Biblia, es toda la información que poseen jovencitos prepotentes que conducen (mal) coches último modelo, desde cuyo interior acribillan a sus semejantes con aullidos que, transformados en estridencias gracias a sus potentes estereofonías, erosionan calles, oídos, avenidas, nervios, arterias, vías rápidas (casi siempre lentas o, de plano estáticas), viajan a Colorado en jet y multiplican su aburrimiento cotidiano con inútiles antenas parabólicas. Son tan primitivos como los alanos y tan modernos como Kadafi o Jomeini. No creo que sea necesario desenseñarlos; nunca aprendieron nada. Son como aquellos sacristanes que admiraban a Maximiliano de Austria sin saber que era liberal y despreciaba a los mojigatos como ellos. No durará mucho tiempo en este Instituto, sentenció el profesor Ahasverus. Ni me importa. Entonces, váyase ahora mismo, o le harán la vida imposible, me advirtió y como había llegado se fue: sin saludar, sin torturarme con su pringosa mano. Veinte minutos después fuerte golpes sonaron a la puerta. Pase, dije, pensando que otra vez era él. Me equivoqué: era la chica guapa. Le indiqué una silla que parecía destinada a no ocuparse nunca, pues al igual que Ahasverus la guapa se mantuvo de pie. Y de pie, con su mirada puesta en mis ojos desmintió tanto la timidez que creía advertir en ella cuando me preguntó sobre notas y pruebas, como el cándido orgullo que me pareció percibir cuando habló el chico guapo que se hallaba sentado a su lado. Mi grupo no está de acuerdo con usted, me puso al tanto. Pueden darse de baja. ¿Todos? Sí, todos. ¿Y entonces? ¿Entonces qué? Yo sí estoy de acuerdo con usted. Recordé la manera como miraba a su guapo compañero y, con convicción, respondí: lo dudo. Tal vez la sorprendió mi respuesta, dejó de mirarme. Aproveché el desconcierto: ¿cuántos están de acuerdo con usted? Mi novio y yo, susurró. ¿Su novio es el chico que estaba sentado a su lado?, pregunté inquisitorial y con un gusanillo en el cuerpo que me hizo pensar en Otelo. Me miró y silbó: sí. Entonces, ya no tengo dudas: no le creo. Se hizo el silencio, que interrumpió el timbre del teléfono. Era el director de la facultad de Biología. Despedí a la guapa y dos minutos después entré en el despacho del patrón: pequeño, atestado de libros polvosos, oloroso a tabaco y a café rancio. Me ofreció una taza de café. Dije no y exigí: al grano. Me miró con sus ojos de rana, desde atrás de sus gafas de astronauta, aerodinámicas. Mire profesor, me dijo, no quiero que las cosas empiecen mal, ni para usted, ni para mí. Fue contratado por su inteligencia, por su prestigio, pero ¿por qué empezar con los protozoarios? “Otra Biblia”, pensé. Él prosiguió como si yo no hubiera pensado nada: ¿por qué no comenzar con las esponjas o los celenterados? O mejor todavía, pujó sonriente, con los platelmintos o con los equinodermos. No se haga ilusiones, respondí tajante, ni con los anélidos, ni con los artrópodos. Tendría que empezar, dije, articulando las palabras, con Adán y Eva, y concluir con los reptiles, para dar satisfacción a sus alumnos. No son *mis* alumnos, sino *nuestros* alumnos y no es preciso que sea tan grosero. “Ahora pasamos al capítulo de las patologías, según las cuales estoy loco”, pensé, pero me equivoqué, pues tomó otro camino: hace diez minutos estuvo aquí un joven... ¿Guapo? Me miró como quien mira a un sobreviviente de Sodoma y confirmó mi sospecha: sí, guapo; un chico guapo que se sintió maltratado por usted. El sospechoso de pederastía contraatacó: la novia del chico guapo, que es, por cierto, más guapa que él (y con esto seguramente me trasladó de Sodoma a Gomorra), dice lo contrario y afirma que él, el guapo, está de acuerdo conmigo. Me iba a interrumpir, pero lo detuve: tal vez sea necesario un careo con este muchacho, guapo, y con su novia, aún más guapa, pero antes quiero recordarle algo: contrataron mis servicios como profesor de biología, no como literato y menos como teólogo. Tómeme o déjeme, como le dijeron a Alicia. Me miró desde atrás del espejo de sus gafas con extrañeza. “Está loco”, pensé que pensó. Si opta por la segunda posibilidad el asunto está concluido. Me arrojó a la cara un no que parecía sí, tal vez influido por Alicia, y añadió, en tono paternal: sólo le pido paciencia y tolerancia. Aunque la mayoría de los alumnos son un poco asnos, hay algunos que quieren aprender. Quédese, por favor, farfulló. ¿Aunque sólo sea con dos alumnos? Se sorprendió, pero dejó escapar un sí a medio gas. Aproveché que se desinflaba para lanzarme de nuevo a la carga: además, ¿sabe?, creo que nunca llegaremos a Adán y Eva porque *nuestros* alumnos y, supongo, algunos de nuestros colegas están situados en un peldaño inferior al de los vertebrados. Me escuchó sin pestañear y como no hubo réplica salí, sin que mediara un gesto de cortesía. ◇

